

»Y si fuese tu amor abandonado,
quiera aliviar, piadoso, tus pesares
aquel que en los espacios ha sembrado
sus grupos de planetas á millares.»

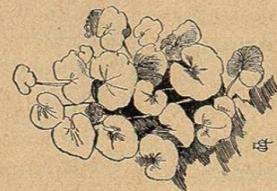
Sin oír estas frases elocuentes,
la niña, atenta á una esperanza vana,
muestra el blanco azulado de sus dientes,
su hermosa boca de color de grana;

Y — ¡adiós! — grita de pronto; — oigo la brisa,
que repite su voz junto á aquel monte:
me voy, porque mi gloria es su sonrisa,
las huellas de sus pies son mi horizonte. —

Y alma sencilla entre las más sencillas,
porque sueña en la voz del ser amado,
se agolpa, encantador, á sus mejillas,
del pudor virginal el encarnado.

Y corriendo fantástica y ligera
detrás de aquel amor, su única gloria,
— Me voy, me voy, — les dice; — que me espera.
¡El cielo os haga dulce mi memoria! —

Y á los labios de Paz lleva la frente,
la cual un beso y dos sobre ella imprime;
después á Honorio la acercó, inocente,
con jovial expresión casta y sublime;



Mas viendo que éste, con glacial tibieza,
de besar se excusó su frente hermosa,
ella volvió, afrentada, la cabeza,
por no sé qué malicia candorosa.

Y corriendo hacia el monte desde el valle,
con agitados pies y ojos febriles,
en el rostro mostraba, y en el talle,
una explosión de gracias infantiles.

Y la causa buscando de sus penas,
despareció, cruzando la campiña,
con aquel pie que llenaría apenas
el hueco de la mano de una niña.

— ¿Por qué, pregunta Paz, no la has besado,
turbando en ella del candor la calma?
¿No conoces que así la has enseñado
á pensar en el mal, hijo del alma? —

De rojo las mejillas encendidas,
Honorio contestó con triste acento:
— ¡Solamente una vez, en tantas vidas,
á una mujer besé de pensamiento! —

Quedóse, hablando así, meditabundo;
la madre le miró con indulgencia,
y uno y otro dejaron aquel mundo
de amor, de admiración y de inocencia.



ESCENA XLIII

Cómo acaban los dogmas

LUGAR DE LA ESCENA: *El jardín de José de Arimathea*

PERSONAJES. — JESÚS EL MAGO. — HONORIO. — PILATO. — EL GUARDA DEL SEPULCRO DE CRISTO. — HADAS, NINFAS, DRUIDESAS, SÍLFIDES, HECHICERAS, Y TODOS LOS GENIOS REPRESENTANTES DE LAS ANTIGUAS RELIGIONES.

ARGUMENTO

Se hallan Jesús el Mago y Honorio en el sitio del jardín de José de Arimathea; Jesús hace retroceder el tiempo hasta la noche del primer Viernes Santo. Ve Honorio dos hombres, uno guardando el sepulcro de Jesucristo, que era el mismo soldado que se quedó con la túnica de Jesús el Mago en el acto de la prisión de Cristo, y el otro era Pilato, que, saliendo de Jerusalén desesperado, distraía su dolor vagando por los campos. Viendo una vez el guarda del sepulcro que el Pretor se revuelca en el suelo, cree que tiene frío, y le echa encima la túnica de Jesús el Mago. Al sentirse cubierto con la túnica Pilato, por efecto de un prodigio, ve lo invisible, y mira lleno de espíritus alados el huerto de José de Arimathea. Las hadas y todos los genios de las antiguas religiones acuden al rededor de Jesús el Mago para que los bautice. Se adelanta la ninfa Egeria, y le dice que desde el momento en que murió Cristo, los dioses del Olimpo desaparecieron del espacio, y por más que los fueron buscando de planeta en planeta, no los encontraron. Jesús el Mago sube al cielo, y al volver á la tierra, viene seguido de un reguero de luz, con el cual baña y purifica, bautizándolos, á todos aquellos espíritus, que, convertidos ya al Cristianismo, ven sus antiguos dogmas purificados y fundidos en el dogma nuevo, y se arrodillan alrededor del sepulcro de Jesucristo. Pilato se levanta horrorizado, y recuperando su túnica Jesús el Mago, vuelve el Pretor á dejar de ver lo invisible, y se dirige á Jerusalén, pensando en lo horrible de su culpa.

Ya el sol, para morir, se reclinaba
al opuesto confín de Galilea;
y cerca del Calvario, en donde estaba
el jardín de José de Arimathea,

Jesús, en prueba de cariño, toca,
de un valle estrecho en el oscuro flanco,
un sepulcro tallado en una roca,
que amenaza caer en un barranco.

«Tu madre á ver sufrir te ha conducido, —
dice á Honorio Jesús, — de una á otra esfera,
y ya tu corazón, compadecido,
al alma humana dió la vuelta entera.

»Has visto el mal del vicio; pero ahora,
en rápido y vistoso panorama,
ya que acabas de ver cuánto se llora,
vas á saber, Honorio, cuánto se ama.»

Y — vuelve — dice al tiempo; el que, obe-
atras sus alas sobre sí repliega, (diente,
y ante ellos vuelve su inmortal corriente
como un vapor que turba y que no ciega.

Viendo Honorio un fulgor, que de una gasa
parecía el fantástico diseño,
mira en un río de vapor que pasa,
retroceder la historia como un sueño;

Y por tocarlo bien, tiende su mano;
mas, sin romper de su ilusión el prisma,
cogiendo nada más que el aire vano,
su mano se cerró sobre sí misma.

Y volver hacia atrás, rápido, vieron
á ese tiempo que corre hacia adelante,
y á la voz de Jesús retrocedieron
quince siglos y más como un instante.

Tornóse el tiempo con premura tanta,
que fué llegando, en óptica ilusoria,
hasta esa fecha misteriosa y santa
que es el punto brillante de la historia.

Parándose, al llegar, aquella urdimbre
que la luz en los céfiros tejía,
Jesús con su voz, clara como el timbre
de una lámina de oro, proseguía:

«Aquí, como verás, bajo esta losa,
después que muerto fué por los malvados,
el cuerpo sacratísimo reposa
del que vino á purgar nuestros pecados.

»En mágica ilusión, de Cristo en nombre,
hice al tiempo volver, para que veas
la pasión y la muerte del Dios hombre
en hechos que serán sombras de ideas.»

Y á Honorio en el jardín se le aparecen,
tranquilo el uno, el otro taciturno,
dos hombres á los lados, que parecen
fantasmas hijos del vapor nocturno.

Guarda á Cristo el soldado á quien, temiendo
de la prisión en el momento aciago,
dejó en sus manos, con presteza huyendo,
su túnica sutil, Jesús el Mago.

Era el otro Pilato, el que, transido,
si no su sien, su corazón, de espigas,
vagaba por los campos, aburrido
de las cosas humanas y divinas.

En el tronco apoyado de una higuera,
oye silbar el viento del invierno,
y sufre, cual si en vida se sintiera
condenado á las penas del infierno.

Las ramas de la higuera, que caían
como espectros, moviéndose flexibles,
en torno de él parece que gemían,
cual protestas de seres invisibles.

No halla Pilato á su dolor consuelo;
son sus ojos, de lágrimas dos fuentes,
y una vez, revolcándose en el suelo,
hace con ira rechinar sus dientes.

Buscó el guarda al Pretor, y como viera
que de frío tal vez se estremecía,
echó sobre él la túnica ligera
que del Mago Jesús tomado había.

Cayó, blanca cual capa de granizo,
sobre el Pretor, la túnica flexible,
y haciéndole el efecto de un hechizo,
Pilato, sin soñar, vió lo invisible.

La vista en torno con horror pasea,
y delante, y detrás, y á todos lados,
ve el huerto de José de Arimathea
lleno todo de espíritus alados,

Que uno tras otro hacia Jesús avanza,
y en torno de él, uno tras otro, hacia
un círculo de sombras, que una danza
de espíritus de muertos parecía.

Ve Pilato girar luces espesas,
cual almas de sus tumbas escapadas:
son las ninfas, las magas, las druidesas,
las sílfides, los genios y las hadas,

Que buscan con afán al Dios que ha muerto,
y en el día más triste de la vida
giran, llenando, pálidas, el huerto
de una aurora boreal desconocida.

Del círculo de sombras que giraba
salió gentil, y atravesó la bruma,
y así al Mago Jesús después le hablaba
la ninfa Egeria, que inspiraba á Numa:

«¿Es cierto que, del cielo desterrados, —
á decir comenzó la ninfa Egeria, —
van á ser nuestros dioses reemplazados
por un Dios redentor de la miseria?»

»Hoy, llevando á los dioses nuestros votos
á las cumbres del cielo inaccesibles,
sirviendo á nuestras almas de pilotos
magnéticas corrientes invisibles,

»No encontramos ni un dios; nubes y viento
sólo en los campos del Elíseo había.
¡Ya es el espacio, del Olimpo asiento,
atmósfera sin sol, oscura y fría!

»¿Así de nuestro olimpo la belleza
pasará cual la luz de un meteoro,
ante un Dios sin orgullo ni riqueza,
que no viste la púrpura y el oro?»

»Decid quién es, para adorar su nombre,
ya que el Olimpo, de piedad exhausto,
en santa expiación mataba al hombre,
y él ofrece su vida en holocausto.

»Cuando desiertos los espacios vimos,
sílfides, hadas, ninfas y hechiceras,
buscando nuestros dioses, emprendimos
una larga excursión por las esferas.

»¿Dónde están nuestros dioses? preguntando
un hada tras de otra hada iba afligida,
de planeta en planeta, continuando
la escala esplendorosa de la vida.

»¡Pasaron por aquí! nos contestaban,
añadiendo dolores á dolores,
los hijos de los astros, que variaban
en magnitud, en formas y en colores.

»¿Dónde están? preguntábamos inquietas,
de astro en astro llevando nuestros duelos,
é indiferentes viendo á los planetas
girar por los abismos de los cielos.

»Y cual ellos también indiferentes,
—¡Pasaron por aquí!— nos contestaban
en cada nueva población las gentes
de los miles de soles que giraban.

»Y al ver que aire, y sólo aire, se volvían
los viejos dogmas, las antiguas leyes,
las ninfas y las hadas repetían:
—¡Nuestros dioses se van; se irán los reyes!

»Volando por el éter impalpable,
nuestros ojos y oídos siempre hallaron,
el azul de los cielos inmutable,
la eterna voz de — ¡Por aquí pasaron! —

»Sólo en un sol que nuestros ojos vieron,
de gloriosos espíritus morada,
— ¡Les mandó caminar, nos respondieron,
la eterna voluntad hacia la nada! —

»Estas palabras, con dolor oídas
donde tienen su fin todas las cosas,
y encontrándonos solas y perdidas
del cielo en las tinieblas luminosas,

»Del hado inexorable la dureza
lamentando, de pena traspasadas,
nos volvimos, lanzando con tristeza
al Olimpo las últimas miradas.

»Para siempre el Elíseo abandonamos,
y hacia Roma después tendiendo el vuelo,
en sueños á Tiberio le contamos
que será Rey del mundo, el Dios del cielo.

»Mas, al soñar, Tiberio no ha creído
que el cetro de los Césares se quiebre
por un Rey tan humilde, que ha nacido
entre el asno y el buey en un pesebre.

»¡Bautizanos, Jesús! ¡Ay! ¿Qué nos queda,
si hoy nuestra humilde conversión rechazas,
al sonar este — ¡Sálvese el que pueda!
de Césares, de dioses y de razas?»

Hasta el último término del cielo
lanzándose Jesús apresurado,
de nuevo tornó á abrir, bajando el vuelo,
otra rendija de oro en el nublado;

Y un rastro de una insólita blancura
dejando por los sitios que cruzaba,
de las nubes, brotó, por la abertura
una llama tan viva, que cegaba;

Y á aquellas almas buenas, que sirvieron
á los dioses sin Dios del gentilismo,
y que ángeles no son porque murieron
sin recibir las aguas del bautismo,

En rica profusión, Jesús el Mago
un bautismo de luz echa sobre ellas,
luz que, esparcida por el aire vago,
parece que la ciernen las estrellas.

Y el buen Jesús, — ¡Os dejo bautizadas
en el nombre de Dios! — les fué diciendo,

las manos con amor hacia las hadas,
como en señal de bendición, tendiendo.

Y al bautizarlas de su Dios en nombre,
les decía Jesús de esta manera:
— No adoraréis ni el ídolo, ni el hombre,
ni el mármol, ni el metal, ni la madera. —

Purificando así las vivas llamas,
las ciencias, la moral, las religiones,
los Talmudes, los Druidas y los Brahmas,
los Sócrates, los Numas y Platones,

En dogmas de piedad se trasformaron
los viejos dogmas del Elíseo, impíos,
y en la cristiana religión entraron,
lo mismo que entran en la mar los ríos.

Tal número, después, de ninfas y hadas
á la tumba de Cristo descendía,
que, al volver hacia el mundo bautizadas,
una lluvia de estrellas parecía.

Ve Pilato, después, que á Cristo adoran,
besan el suelo y con bondad se humillan;
por los que hacen el mal rezan y lloran,
y en torno del sepulcro se arrodillan.

Y luego de su túnica ligera
tira Jesús con mano imperceptible,
y ya no ve Pilato aquello que era
para ellos sólo y para Dios visible.

Cuando Jesús su túnica retira,
Pilato halla el jardín solo y umbrío;
piensa que es sueño, y cuando en torno mira,
sólo encuentra el silencio y el vacío.

Y se aleja, y su culpa recordando,
le oyeron suspirar Jesús y Honorio,
los fieros ojos con furor clavando
en las grises murallas del pretorio.

¡La culpa, horrible madre de la muerte,
que con nosotros duerme y nos abraza,
que el sueño en pesadilla nos convierte,
y al cuello con furor se nos enlaza;

Que se alza, al vernos, cual visión maldita,
y siempre el paso, al escapar, nos cierra;
que late en nuestra sangre, y que nos grita
de todos los extremos de la tierra!

Esto Pilato con horror pensando,
tornó á Jerusalén, y alta la frente,
á la inicua ciudad, de cuando en cuando,
lanzaba unas miradas de serpiente.

ESCENA XLIV

Los dioses se van

LUGAR DE LA ESCENA: *El seno de Abrahán*

PERSONAJES

EL CRISTO. — LOS ÁNGELES. — JESÚS EL MAGO. — HONORIO. — LOS PRIMEROS PADRES. — LOS DIOS DEL OLIMPO. — LA DIOSA ROMA. — LOS CÉSARES.

ARGUMENTO

Vuelve Jesús el Mago á hablar á Honorio. Cae la piedra de la entrada del sepulcro de Cristo; sale éste; manda á Jesús que le siga, y á una señal suya se abre la tierra, y Jesús y Honorio le acompañan en su bajada á los lugares inferiores. Saca el Cristo del seno de Abrahán á los que esperaban su santo advenimiento.

Cuando llegaron al borde de la nada, que separaba el seno de Abrahán de los infiernos, se detuvieron viendo caer en la nada á todos los dioses del Olimpo y á todos los ídolos de las antiguas religiones. Se hundieron en la nada Júpiter, Venus, Marte, Baco, Diana, Cibele y la diosa Roma. Después de disueltos en la nada el Olimpo y el antiguo mundo, á una señal de Cristo continúan los justos, en pos de él, su viaje por los infiernos.

Jesús de nuevo, por la noche, *toca, del valle estrecho en el oscuro flanco, el sepulcro tallado en una roca que amenaza caer en un barranco;*

Y «tu madre, siguió, te ha conducido, Honorio, á ver sufrir de una á otra esfera, y ya tu corazón, compadecido, al alma humana dió la vuelta entera.

»Has visto el mal del vicio; pero ahora, en rápido y vistoso panorama, ya que acabas de ver cuánto se llora, vas á saber, Honorio, cuánto se ama.

»Aquí, como verás, bajo esta losa, después que muerto fué por los malvados, el cuerpo sacratísimo reposa del que vino á purgar nuestros pecados.»

Y cayendo la piedra de la entrada, salió de ella el que todo lo redime, mostrando en su ademán y en su mirada alguna cosa mística y sublime.

Y — ¡Ven! — dice á Jesús. — ¡Ven! — repetía: y siguieron los dos, de espanto yertos, al mártir que murió, y al tercer día resucitó por fin de entre los muertos.

Busca á los justos que Abrahán encierra, piadoso el Cristo, con su amor innato, y la mano tendiendo hacia la tierra, ve un abismo entreabierto á su mandato;

Y entra resuelto, con la fe que cabe en quien lleva el amor hasta el delirio, como un Dios de bondad, que sólo sabe buscar la expiación por el martirio.

Trasponiendo, por fin, la luz del cielo, en la infernal mansión entran con pena, y en el campo después cantó el mochuelo, la víbora silbó, y aulló la hiena.

Seguido de los dos, Cristo la entrada traspasó del recinto tenebroso, y allí, tras su agonía prolongada, un suplicio sufrió más horroroso;

Pues, con nueva bondad, más grandes penas á padecer se expone, voluntario, su corazón, convaleciente apenas de la muerte afrentosa del Calvario.

Cuando ya al seno de Abrahán llegaba, ve el Cristo el centro del primer infierno, á una sombría luz, que recordaba una puesta de sol en el invierno.

El noble pueblo de los justos deja el seno oscuro en que aguardó paciente, y hace un ruido, al salir, que se asemeja á la sorda cascada de un torrente.

Miran al Cristo, de indulgencia lleno, los padres que, esperando su venida, de Abrahán aguardaban en el seno, ya borrados del libro de la vida.

Por verle Honorio bien, tiene, encantado, en los ojos de Adán los ojos fijos, porque por Eva su alma ha condenado, y el alma de los hijos de sus hijos.

Sale Noé, quien á sus nietos guía, de la prole de Adán raza segunda; y el fundador de la nación judía, Jacob, que ha visto á Dios; Raquel, fecunda.

Luego, mostrando el brillo soberano del óvalo perfecto de su cara, á dar gracias al Cristo, por la mano lleva al dócil Isaac la buena Sara.

Y sale Aarón, pontífice primero, tras de Moisés, el dictador de leyes; con Samuel, de los jueces, el postrero, va Saúl, el primero de los reyes.

A su pueblo David sale encantando, por santo y fuerte y músico y profeta; y en pos de él, á los grandes admirando, el sabio Salomón, rey y poeta.

Tras Dios, cumpliendo su inmortal destino, tiende el grupo de espíritus el vuelo, como el humo en columnas, blanquecino, sube, ondulando, á la región del cielo.

La nada hallan, por fin, despavoridos, pálida encima y negra en lo más hondo, que es en lo alto una tromba de gemidos, y un pantano de lágrimas el fondo.

De espesas nieblas sin color cercada, como á una luz de moribunda luna, ven el hondo circuito de la nada, de esta tierra mortal sepulcro y cuna.

Parecía aquel sitio de misterio, de parda luz, de vientos inactivos el hueco del lugar de un cementerio dejado por los muertos y los vivos.

Cuando hacia el borde de la nada avanza, á la prole de Adán un ruido aterra tan hondo, que, al sonar en lontananza, su helado corazón abrió la tierra.

Y al gran rumor que hasta el infierno asorda, contemplan con horror que, moribundo, cual un mar que bramando se desborda, se va hundiendo en la nada el viejo mundo.

Cayendo aquellas ruinas sobrehumanas, tal espanto á los ángeles causaron, que del viejo Abrahán las pocas canas en el cráneo amarillo se erizaron.

Y á aquella luz, que ver les permitía alguna forma vaga en las tinieblas, miraron que el Olimpo descendía de la nada á perderse entre las nieblas;

Pues grande en vicios, y en virtud exiguo, rotas, al fin, de la piedad las vallas, da el Cristo la batalla al mundo antiguo, que al reino dará fin de las batallas.

Y así, cuando el Olimpo descendía, mirándole caer, meditabundo, — *Sic transit gloria mundi!* — prorrumplía; ¡así pasa la gloria de este mundo!

Del Elíseo, antes claro y hoy sombrío, la turba de los dioses desterrada, cayendo desde el cielo en el vacío, del vacío, después, cae en la nada.

Y al ver Cristo caer tan grandes cosas del más alto lugar hasta el más bajo, costaba á sus pupilas amorosas, el contener las lágrimas, trabajo.

Caminando imperioso y decisivo el Júpiter olímpico, á la nada, al abismo cayó, pisando altivo al águila de rayos coronada.

Y aumentando con gritos pañideros aquel sublime horror de los horrores, se sumen en la nada, los primeros, los dioses de los cielos superiores.

Y llega Venus, y la nada enciende, cual la luz misteriosa de una estrella; y al rodar por sus ámbitos, se extiende un perfume que dice: — ¡Es ella! ¡es ella! —

Con cierta fatuidad imperturbable hunde Marte, cayendo en el abismo, el poder de la fuerza miserable, de la guerra el glorioso vandalismo.

En lo hondo de la fúnebre laguna, dioses y diosas con terror oían cual sonaban en ella una por una las lágrimas de sangre que vertían.

Y después, arrastrado como todo, entre dioses y Césares y cosas, descende Baco, músico y beodo, coronado de pámpanos y rosas.

Y hundiéndose también, tras él ondula un tropel de bacantes, nauseabundo, manchadas con el néctar que circula, donde quiera que hay fiestas, en el mundo.

Con Diana, que, muerta entre lebreles, enterneció esta vez los corazones, se hundió la fría imagen de Cibele en su carro arrastrado por leones.

Y entre héroes y mujeres y beodos, con su inmenso poder, que al mundo doma, del viejo Olimpo entre los dioses todos, cayó una diosa más, la diosa Roma;

Esa diosa que echó sobre el imperio la inmensa losa de la paz romana, que hoy ignora, al dormir bajo Tiberio, bajo qué rey despertará mañana.

¡Que muera, pues, y que con ella expire la razón sin razón de la victoria! ¡Que se hunda ahí, para que al fin respire, cansado el mundo ya de tanta gloria!

De este modo al imperio y á los hados, y al viejo Elíseo y al antiguo infierno, en quietud insufrible sepultados, á todos los fué uniendo el sueño eterno.

Un dios tras otro hacia el no ser avanza, y con ellos después, la nada encierra la vanidad, la ira, la venganza, la esclavitud, las castas y la guerra.